

EL TIEMPO DE LOS MIRONES

Por PABLO BERBEN



Nuestras sociedades actuales favorecen la expansión y la multiplicación de los mirones. Necesitan del mirón porque es un individuo que presenta todos los caracteres externos de la participación, pero sin percibir realmente en el objeto final...

Lady Godiva tuvo que atravesar, completamente desnuda, montada en su caballo, la ciudad de Coventry. Esto habría sucedido —si la leyenda fuese cierta— allá por el siglo XI. Su marido, el conde de Mercia, le había prometido que a cambio de este singular paseo suprimiría los impuestos excesivos sobre los habitantes de la ciudad. Los ciudadanos respondieron al sacrificio de la dama cerrando puertas y ventanas, abandonando las calles, para que el pudor de Lady Godiva no fuera ofendido. Todos lo hicieron, menos uno. Tom, un sastrecillo más bien fresco, atisbó por un agujero a la castellana desnuda. Atisbar es, en inglés, «to peep»; «peeping Tom» es ahora el nombre genérico que en lengua inglesa se da a la clase de personaje que en francés —y, en general, en los libros de psiquiatría, psicoanálisis y sexología— se llama «voyeur». En España se ha propuesto para él la palabra «mirón», más descriptiva y castiza que la de atisbador.

El mirón: estar y no estar

Todos los jugadores de cartas conocen la detestable figura del mirón. Participa en la partida solamente con la vista. Suele elegir un jugador para identificarse con él. Gruñe, empalidece, sufre, goza, comenta, se remueve, critica. Pero no juega jamás. Le falta confianza en sí mismo, teme perder, teme el fallo. Es un personaje que consigue la simultaneidad de lo opuesto: estar y no estar, jugar y no jugar, participar y no participar. Todos los valores externos de la partida le conciernen, todos los «siente»; pero no el valor profundo, no el objeto —ganar o perder— del juego. En esto consiste su perversión (no hay que confundir, en este caso, perversión, o «dar la vuelta» a las finalidades, con perversidad, o capacidad de hacer el mal): en sustituir el objeto y la finalidad por su representación,

por la contemplación del acontecimiento.

En el fondo, el mirón es un personaje dramático. Si se aplica la descripción general del mirón de partida de cartas a la sexualidad, tendremos la figura del «voyeur».

Subproductos de la civilización

Pero algunos autores —principalmente Walker y Fletcher— creen que las llamadas perversiones sexuales no son tales, sino subproductos aplicados a la sexualidad de actitudes vitales. El sadomasoquismo sería el subproducto «de una civilización centrada en la prosecución de la potencia». El «voyeur» sería, quizá, un marginal de esta prosecución de la potencia. Puede ser alguien que no se siente capaz de la lucha para conquistarla, ni tampoco ser víctima de la conquista de los otros. No tendría la capacidad de infligir daño que

tiene el sádico, ni la de recibirlo que tiene el masoquista. Nótese que el acto de amar está descrito metafóricamente de una manera agresiva: se habla de «guerra de sexos», de «conquista», de «combate amoroso». Pero los impulsos del mirón no le permiten tampoco ser un «marginal blanco», un marginal auténtico, eremita o cartujo. Quiere participar y no participar.

El mironismo, en el sistema

Nuestras sociedades actuales favorecen la expansión y la multiplicación de los mirones y del mironismo. Los grupos rectores de las sociedades contemporáneas —y no entro en este caso en formulaciones políticas de esos grupos rectores, puesto que en todos los países y sistemas presentan estos mismos síntomas, aunque haya una gradación de más a menos— tienden a fomentar el mironismo como

El viejo caballero que sentado en el sillón de mimbres del casino de provincias —o de alguna calle principal de Madrid— abría un ojo redondo y fino de caimán, en el sopor de la hora de la siesta, al escuchar un taconeo, ya no está solo...

actitud general. Necesitan del mirón porque es un individuo que presenta todos los caracteres externos de la participación —del entusiasmo a la angustia—, pero sin percibir realmente en el objeto final. Los mecanismos de la participación simulada están ampliamente dispuestos. Podría hacerse un amplio inventario que fuese desde el Living Theater hasta los sistemas económicos de cohesión de Argelia, Yugoslavia o Alemania Federal. No ha florecido por casualidad una fórmula literaria francesa que se llama precisamente «école du regard», escuela de la mirada, uno de cuyos principales títulos es precisamente «Le voyeur» (traducido al castellano, naturalmente, con el título de «El mirón»). El objeto de la partida se reduce, cada vez más, a un número menor de participantes reales, mientras aumenta el número de mirones o participantes falsos.

Aparece el exhibicionista

Para conseguir esta expansión del mironismo, la dirección de la sociedad ha tenido que hacerse exhibicionista, o fomentar la aparición de elementos exhibicionistas que ayuden a la perversión del objeto para los mirones. El exhibicionista es lo mismo que el mirón, sólo que todo lo contrario. El exhibicionista tiende a pervertir el objeto final con la demostración de que es capaz de llevarlo a cabo. El exhibicionismo sexual puede ir desde la exhibición de partes del cuerpo hasta la ostentación de un lenguaje obsceno, en lo que se refiere a lo puramente sexual. En el comportamiento general ofrece una amplia variedad de matices.

La sociedad espectacular

Las solemnes apariciones públicas de Hitler eran un ejemplo de exhibicionismo-mironismo político. El redoble de tambores, los millares de banderas y estandartes, los reflectores iluminando la alta tribuna, la colección de micrófonos, la palabra ruda y agresiva, de un lado; de otro, la gran masa de los mirones que tenían así la gran sensación de participar en la gran partida y que sufrían todas las emociones de ella, cuando en realidad su capacidad de decisión se había reducido a cero o, más bien, tenían una única participación en un sentido predeterminado y ajeno. No serán Hitler ni Goebbels los inventores del espectáculo político, los creadores de la sociedad espectacular, pero sí son los que le dan su modernidad.

Las sociedades actuales se hacen espectaculares. La voracidad con que se apoderan o tratan de apoderarse de los sistemas modernos de exhibicionismo de masas —el cine, la televisión— las muestra seguras en su objeto. La imagen —grande o pequeña— es por sí misma creadora de mirones. Ya en el siglo XVIII apareció en una «casa» de Versalles la linterna mágica, y ya se observó que la exhibición de imágenes daba un resultado contrario al que se esperaba; es decir, que reducía los ingresos obtenidos por la función laboral especializada de las señoritas internas. En Dinamarca se ha visto también que las nuevas leyes que autorizan la pornografía se han reflejado en una disminución rápida de los actos sexuales considerados como delictivos —no es posible saber si han disminuido también los llamados normales— al ser sustituidos por su representación. Es decir, se convierten en mirones —o falsos participantes— muchos de los activos.

Direccionismo permisivo

Las actuales sociedades que se consideran como permisivas o tolerantes —y ya la adjetivación indica unos límites, una renuncia— se dirigen, sobre todo, al fomento de este juego exhibicionismo-mironismo. Sus avances son muy moderados. La misma pornografía

danesa es infantil para quien recuerda la Cuba de Batista y de antes de Batista, la Casablanca francesa, el Hamburgo hitleriano y prehitleriano o, con más proximidad en el espacio, Madrid y Barcelona antes de la guerra civil. Las más cautas sociedades permisivas se limitan a dejar pasar ciertos espectáculos callejeros, como el de la nueva indumentaria de la mujer. La mujer tiene un comportamiento inevitablemente exhibicionista como consecuencia del peso específico de la represión sexual que se ejerce sobre ella. Si los exhibicionistas clínicos o penales son muy mayoritariamente hombres, la exhibición de la mujer —salvo, claro, ciertos extremos— es «natural» y no delictiva.

En muchos países de tradición represiva de la sexualidad visual y doctrinalmente puritanos —de los que podría ser ejemplo máximo el Islam, con las mujeres enfundadas en chibabas cilíndricas y cubierto el rostro con un velo— se está operando en estos tiempos una reconversión que tiende a liberar el estímulo visual y a reprimir el objeto final de muchas y muy sutiles maneras —no siempre por la ley—, de forma que el tal estímulo no sea tal, sino una finalidad en sí.

En sociedades más abiertas, como en los Estados Unidos, ciertas formas de espectáculo —el teatro del desnudo, las audacias del «off Broadway», el «underground»— se van convirtiendo en simples juegos de mirones y exhibicionistas que sólo escandallan

zan a los moralistas antiguos o formales, pero que, en realidad, no perjudican los estamentos tradicionales de la sociedad.

La sublimación revolucionaria

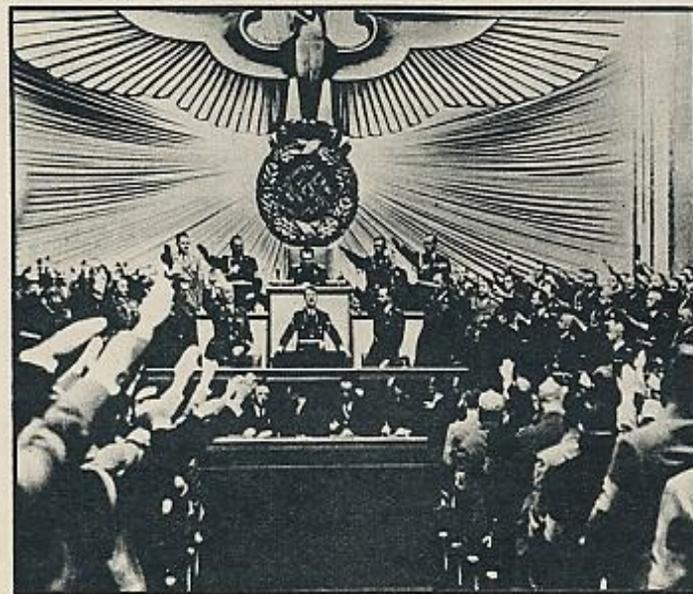
En cierta forma, una tolerancia para algunas formas políticas consideradas como clandestinas o fuera de la ley, la clásica «vista gorda», ejerce una misma función. Conferencias audaces, coloquios agresivos, «slogans», aplausos y protestas, insultos y amenazas se resuelven en algún local reputado de discreto —y, generalmente, conocido de la tranquila autoridad—; sus protagonistas salen como depurados, como con las conciencias bien tranquilas de haber realizado un acto revolucionario, e instantáneamente se incorporan a las actividades normales de un ciudadano en sociedad de consumo. Su participación es la del mirón y la del exhibicionista.

Sexo y decibelios

Para los que recuerden las prohibiciones y la austeridad de otros tiempos —«Joven, diviértete de otra manera»—, los actuales clubs juveniles —y para la madurez— pueden parecer, según la óptica, degeneración o progreso. Son, en realidad, un aspecto alotrópico de la misma tendencia, sólo que con mecanismos distintos. Los discos a volumen máximo, los reflectores paseando por el público —que es simultáneamente espectáculo y espectador, exhibicionista y mirón— constituyen parte del sistema de escamoteo. El agotamiento por los decibelios y por el deslumbramiento ayuda a convertir el medio en fin, a sustituir el objeto.

Todos somos mirones

Tiempo de espectadores, tiempo de mirones. El viejo caballero que, sentado en el sillón de mimbres del casino de provincias —o de alguna calle principal de Madrid—, abría un ojo redondo y fino de caimán, en el sopor de la hora de la siesta, al escuchar un taconeo, ya no está solo. Ya no está solo el estratega de café, el que «arreglaba el país» en la tertulia rural. Aquellas débiles figuras minoritarias fueron los precursores de esta civilización de los mirones, aupados por la sociedad permisiva. La sociedad que, cuando ve que algo va a más, que algo quiere percibir en la vida real en lugar de en la vida imaginaria, es implacable en la represión. Que se lo pregunten —por ejemplo— a los «Panteras Negras»... ■ P. B.



Las solemnes apariciones públicas de Hitler eran un ejemplo de exhibicionismo-mironismo político. El redoble de tambores, los millares de banderas y estandartes, los reflectores iluminando la alta tribuna, la colección de micrófonos, la palabra ruda y agresiva...